

EL ECO LITERARIO.

SEGUNDA SERIE.

En Valencia 4 rs. al mes.

NÚM. 12.—DOMINGO 22 DE JULIO DE 1849.

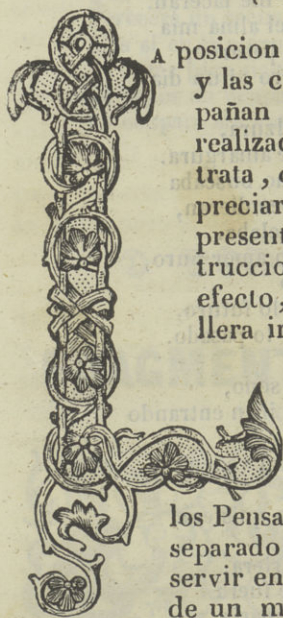
En Provincias 3 rs. al mes.

INTERESES MATERIALES.

MEMORIA FAGULTATIVA

sobre la formacion de un puerto en Cullera.

(Continuacion.)



La posicion de esta pequeña cordillera y las circunstancias que la acompañan son tan favorables para la realizacion del objeto de que se trata, que no parece prudente despreciar el auxilio que con ella nos presenta la naturaleza para la construccion de un buen puerto. En efecto, la situacion de la cordillera impide que los vientos Nordeste, Norte, Noroeste y Oeste, obren con toda su fuerza en la parte de mar resguardada por aquella, la posicion del islote de los Pensamientos, ó sea escollo caro, separado 325 pies del Cabo, puede servir en parte para la construccion de un muelle que, avanzando hacia el mar con la direccion, figura y longitud convenientes, resguardase el recinto comprendido entre él y la montaña de los demás vientos, en especial de los reinantes que mas á menudo hacen experimentar su maligna influencia á los que buscan esta parte de la costa. Acabo de decir que el islote está ya indicando la construccion del muelle y que él sirve en parte para este mismo objeto, y en efecto aun ahora mismo que no existe obra alguna y que está abierto el boquete que separa el islote del Cabo, aun cuando los barcos no están á la parte interior de aquel, libres de todo riesgo, se nota en él, sin embargo, mayor calma y tranquilidad, y aun en los tiempos borrascosos el choque y bravura de los vientos es menos sensible que en el exterior.

El mismo escollo del Moro nos proporciona datos importantísimos para la construccion del puerto, porque él nos pone de manifiesto que la desembocadura del rio Júcar no podrá perjudicar en nada al objeto de que se trata. He aquí cómo:

una de las cosas que en general suele perjudicar los puertos, es la próxima desembocadura de un rio, porque llevando por lo regular consigo gruesas cantidades de arena contribuye á imposibilitarlo formando bancos ó barras, ó bien cegando el recinto corriendo bastante peligro de encallar los barcos en ambos casos. Este peligro puede remediarse con la construccion de un contramuelle hábilmente dispuesto que á veces no deja de presentar otros inconvenientes que siempre aumentan los gastos de la obra. De nada podria servir la construccion de un puerto, que ó habrá de estar siempre obstruido con los depósitos de arena, ó habrian de invertirse incesantemente en su limpieza grandes caudales que con dificultad podrian subsanar las ventajas que con el mismo puerto se consiguiesen; pues bien, el rio Júcar no trae arenas al recinto de que se trata, como no puede traerlas, porque las que arrastra al mar las lleva consigo hacia Denia la corriente litoral que existe en el Mediterráneo y cuya direccion es de izquierda á derecha mirando al mar; la desembocadura existe, como se ve, en el plano á la derecha y á bastante distancia del puerto donde se ha de construir el puerto, posicion sumamente ventajosa; si esta razon tan poderosa no bastase para convencer del poco cuidado que debe haber en que las arenas del Júcar cieguen el puerto, el Peñon del Moro suministra tambien datos en apoyo de esta verdad. En efecto, he examinado los diversos sondeos que en diferentes épocas se han ejecutado, los he comparado con el mio y en todos he encontrado cortísima diferencia; pero en las inmediaciones del referido escollo se ha encontrado siempre una profundidad de 26 á 28 pies. Ahora bien, el escollo del Moro se encuentra entre la desembocadura actual del Júcar y el parage donde debe construirse el puerto, y si el rio no forma bancos ni deposita arenas delante del primer obstáculo que estas encontrarian á su paso, es evidente que menos se formarian en un parage mas distante del puerto.

La desembocadura del Júcar no es constante, por eso he dicho antes la *desembocadura actual*. El terreno por donde pasa á las inmediaciones de Cullera es en extremo llano, y esto es causa de que

á menudo se desborde inundando los campos fronterizos y, ó bien sea porque el terreno es mas flojo hácia su derecha, ó porque las direcciones que anteriormente tiene le impelan hácia este lado, lo cierto es que cada vez se va separando mas del lado izquierdo del escollo del Moro, del recinto donde debe construirse el puerto. Moradores hay aun en Cullera que le han visto desembocar por el parage señalado en el plano con líneas de puntos. (1) Todas estas consideraciones son suficientes garantías para dejar todo temor que pudiera formarse por la desembocadura del Júcar; la que tiene en la actualidad no perjudica á nada al puerto; las que es probable tome en lo sucesivo le son todavía mas favorables.

Parece que nada falte á las ventajas que ofrece la situacion de este seno para la construccion de un buen puerto; si se examinan con atencion las cuotas de la sonda, se observará que la profundidad del agua á poca distancia de la costa por la parte del Cabo es mas que suficiente para el calado de los mayores buques; que en el boquete formado por el islote y el Cabo hay 15 pies de agua y que dentro de este espacio varia entre seis y trece pies exceptuando una pequeña y angosta faja que se dirige desde el extremo meridional del islote á la costa, y que se conoce con el nombre del *Banco del caballo*. Este banco, compuesto de alga y fango por la parte inferior y de arena por la superior, debe, sin duda, su formacion á la corriente litoral que se introduce por el boquete combinada con la resaca de la punta de la isleta que mira al S.; y esto es tanto mas probable cuanto que habiendo preguntado á los prácticos del pais, todos han convenido en que la profundidad de agua en el espresado banco varia con los temporales advirtiéndose varias veces, como cuando yo hacia el sondeo, que salia parte del banco fuera del agua, y otras que estaba cuatro ó cinco pies mas bajo, al paso que en el boquete siempre ha permanecido constante la profundidad.

(Se continuará.)

Hemos tenido el gusto de ver tomados en consideracion é impugnados los artículos, que sobre *Intereses materiales* comenzamos á publicar en el número 9 de este semanario. Aunque juzgamos bastante autorizada nuestra opinion con las razones ya emitidas, y con las que se espondrán en la continuacion de la memoria que en la actualidad se está insertando, nos ocuparemos mas detenidamente de esta cuestion, si en la série de artículos que ha comenzado el *Diario Mercantil* en su número 52, se presentaran objeciones para cuya solucion no pudiéramos remitirnos á lo manifestado hasta el presente.

(1) Procuraremos dar á nuestros lectores conocimiento del plano á que se alude.

A LA MUERTE

DE D. LUIS SANCHIS Y BALDÓ. UN RECUERDO.

Hay una vida que á la nuestra avanza,
Vida á quien da calor la fantasia,
Y el nacido se lanza
A un mas allá que el corazon ansia,
Esta vida fugáz es la esperanza!
Hay una vida entera en lo pasado,
Vida de bien ó mal, grata ó severa,
Y el mortal fascinado
Colores de lo que es, da á lo que fuera:
Esta vida en que al hombre su alma abisma
Son los recuerdos de su vida misma.
Yo esperanza no anhele,
Cediendo á los impulsos de mi sino,
Sin dicha y sin consuelo
En este mundo sigo mi camino;
Y no hallando el placer de los que esperan,
Recuerdos de otro tiempo me laceran.
Si, laceran con fuerza el alma mia
Memorias de los dias que pasaron,
Y entre su inmenso número ni un dia
Mis labios se acercaron
A la copa del bien y la dulzura,
Tan solo apuré el cáliz de amargura.
Sediento de placer yo no buscaba
Goces que á la materia goce dieran,
Dicha para el espíritu anhelaba.
Yo queria un amor, un amor puro,
Y este amor me ha dejado
Sin fe y sin esperanza en lo futuro,
Con recuerdos de hiel por lo pasado.
Grabé profundamente
Mil objetos amados en mi seno,
Y al paso que en el pecho iban entrando
Ha muerte iban tocando
Cual si mi corazon fuese un veneno.
¡Ay! yo vi la agonía
De muchos á los cuales yo quisiera,
¡Ay! ¡cuánta sinpatía!
A la mañana de nacer muriera,
Y por lo mismo si posible fuera
Mi pobre corazon ya no amaría.
¡Cuántos objetos de mi fiel cariño
Este valle de lágrimas dejaron!
¡Cuántos de ellos perdí cuando era niño!
Ora en el primer tercio de mi vida
Nuevos objetos de cariño pierdo,
Y con alma afligida
Al morir un amor busco un recuerdo.
Memorias de la dicha que ha pasado
Renaced en el seno de la mente,
Y el pensamiento mio fascinado
En ellas podrá hallar otro presente.
Mas no renazcais todas,
Causara dolor tanto vuestra suma,
Y tanto sentimiento,
Que por él embargado el pensamiento
No pudiera bajar hasta mi pluma.
.....
Pobre amigo que el mundo abandonaste
Para elevarte al seno de la gloria,
Aquí solo dejaste
Un poco de ceniza y tu memoria,
Con cenizas que son en todo iguales
Tu ceniza, por fin, será mezclada,
Y este polvo sin nombre

Del cual formó el Señor á los mortales,
Es la imagen terrible de la nada.

Todo á la nada torna, tus amigos
Perecerán tambien, y hasta el momento
En que dejen el mundo sin quebranto,
Tu imagen brillará en su pensamiento,
Qual se pintó en las gotas de su llanto.

Su llanto se acabó, ¡tanto han llorado!
Y tu muerte precóz tanto han sentido,
Que término á sus lágrimas han dado,
Pues su inmenso raudal se ha consumido.

Ellos tendrán no obstante
Allá en su corazon siempre un recuerdo,
Que no rechazarán ni un solo instante;
Hasta que llegue el tiempo señalado,
En que llenando la implacable suerte
Que la igualdad del hombre simboliza,
En brazos de la muerte
A tu ceniza junten su ceniza.

Y como el pensamiento es don del alma
Que el seno de la tumba nunca mora,
Perecerá un recuerdo fiel ahora.

Mas si en la eternidad solo un momento
Al gozar para siempre pena ó gloria
El Señor no ocupara el pensamiento
Le ocupara sin duda tu memoria.

M. de Castells.

• TODO • NADA.

FRAGMENTO HISTÓRICO.

(Continuación.)

CUANDO mayor era y mas aterrador el silencio que reinaba en el misterioso laboratorio del viejo profeta, y al tiempo mismo en que éste se hallaba mas recogido y en profundas meditaciones, fuertes y estrepitosas pisadas resueñan en la escalera, que muy en breve llegan hasta donde estaba Stephano. Las puertas del aposento, á impulso de una buena sacudida se abren de par en par, y dan paso á un hombre cubierto con un largo gaban, quien, no atreviéndose, sin duda, á la vista del imponente aspecto que presentaba aquel lugar, á pasar adelante, queda de pie en el umbral y fija su mirada investigadora y penetrante sobre el astrólogo; tambien Stephano dirige la suya dulce y apacible sobre el encubierto personage, y con voz bien sostenida, aunque algun tanto áspera, le dice:

- ¡Adelante, César Borgia, adelante!
- ¡Cómo! me has conocido, sabes que soy....
- Y sabia, repuso Stephano, sin darle tiempo

para concluir la frase, que vendrias á buscarme, por eso estoy aquí, y te he esperado.

— ¿Y quién te lo ha dicho?

— ¿Quién, miserable mortal, quién me lo ha de decir? Mi ciencia, que todo lo prevee y todo lo acierta.

— Tienes razon; la fama de esa ciencia acaba de llegar hasta mí; me han dicho que eres un sabio intérprete de las constelaciones celestes, un sagáz observador de los planetas; que sabes lo pasado, adivinas lo presente y aciertas el porvenir; y me han dicho tambien que si quería saber el destino que me aguarda, viniera á tí y tú me lo dirias. He querido asegurarme de la verdad de todo ello, y he venido á buscarte. ¿Estás dispuesto ya á descubrirme el porvenir?

— Acércate, pues, y dame la mano, repuso friamente Stephano. — César se acercó con paso grave y magestuoso hácia donde permanecía sentado el astrólogo, y al alargarle la mano, dejó caer sobre el libro en que leía una bolsa llena de oro; Stephano se levanta con precipitacion, y marcando en su rostro poco á poco el mas reconcentrado despecho, toma con rabia la bolsa, la arroja al suelo, la pisotea, y despues se dirige con dignidad á César, y con voz ronca y acento terrible, le increpa en estos términos:

— ¿Y has tenido el atrevimiento, orgulloso noble, de venir á ofrecerme una limosna, de insultar la ciencia comprándola con tu oro, y de juzgarme como otro de tus imbéciles lacayos? Guárdate el dinero para pagar el crimen de haber seducido la muger ó las hijas de los plebeyos, porque tú y los de tu ralea pensais, en vuestro loco orgullo, que todo debe ceder al oro, y que arrojándolo á los pies de vuestras víctimas, quedan bastante pagadas y satisfechas de su deshonra; guarda el oro para acallar las mil y mil voces que claman de continuo contra tus injusticias y violencias. ¡Oh! insolentes poderosos, os habeis equivocado; haced del crimen virtud, del honor vil mercancía; juguetead con la honra de una muger.... asesinad á mansalva á ciudananos indefensos, hacedlo en buen hora.... pero no creais que todo eso queda impune porque en vuestra altanería esclameis: «somos nobles, y tenemos oro».....

— ¿Sabes, Stephano, gritó César con señales visibles de disgusto, que estoy ya fastidiado de oír tus sermones, y que no he venido aquí á escuchar á un misionista, sino á un astrólogo que me diga el porvenir y mi destino? Ea, pues, date prisa.

— ¡César Borgia!... reprímeme; en mi presencia nadie levanta la voz; aquí no valen títulos ni honores; aquí nada puede la tiranía; aquí, oídlo bien, ¡César! aquí eres nada y nadie manda mas que yo... Venga la mano.

César, admirado al oír la potente y amenazadora voz de Stephano, alargó la mano sin repli-

car; el astrólogo empezó á hacer un escrupuloso registro, miró con atencion las líneas que la atravesaban, y despues de larga meditacion, exclamó:

—Horrible es tu porvenir, César; y lo mas horrible y espantoso es que tan desastroso porvenir se acerca muy de prisa; dentro de algunos años todo en tu existencia se habrá trocado: ahora riquezas, títulos y poder; mas adelante ruina y perdicion: ahora proyectos orgullosos y fantásticos; despues remordimientos y tardío arrepentimiento: hoy tus escudos de armas, tus pergaminos de nobleza ostentan el insultante mote de ó TODO ó NADA; mañana una mano diestra esculpirá sobre él, acaso con vuestra sangre, otro mas cierto y verdadero: NADA y NADA. —Sosiégate, César, y no me interrumpas, añadió el astrólogo al notar los ademanes y estraños visages que hacia César á cada palabra de Stephano; y despues de una leve pausa, continuó:

—El velo impenetrable que oculta tu destino, se ha rasgado ante mis ojos; leo con horror en el libro, cuyas páginas están abiertas solamente para mí, los crímenes que has cometido, las víctimas que has hecho, la sangre que has derramado. Veo la cólera de Dios cayendo ya sobre tu cabeza, porque tu carrera está plagada de maldades, porque tu sola presencia infunde horror á los hombres, porque te maldice toda la Italia, porque huérfanos, adultos, ancianos, niños y mugeres asesinados por tí infamemente, están junto al trono del Eterno pidiendo tu esterminio..... y porque hasta el Papa Alejandro VI, en su amor de padre, llora tus estravíos y ruega al Altísimo por tu arrepentimiento. Pero todo es inútil, porque ya estás perdido.

—¡Cómo se conoce, pobre astrólogo, infeliz Stephano, que no has conocido ni conoces el corazón de César Borgia! Tu prediccion es falsa, y las amenazas que acabas de proferir son delirios de un mentecato, de un viejo tan imbécil como tú, porque mientras mi mano empuñe la espada, mientras una sola gota de sangre circule por mis venas, jamás seré perdido; cuantos se atrevan á contrariar mis proyectos, caerán cadáveres á mis pies. Me rio, pues, de tus profecías, de los ruegos de mis víctimas, de las maldiciones de la Italia y de las venganzas y de la cólera del Señor.

—Ríete, César, ríete, que muy pronto encontrarás quien contrarie tus proyectos, muy pronto tropezarás en tu carrera con un enemigo feróz é implacable, que te sigue de cerca, que te espía de continuo, que siempre y á toda hora puede acabar con tu existencia.

—¿Cuál es, pues, ese poderoso enemigo?

—¿Cuál? El puñal de Orsini.

A estas palabras, César, pocos minutos antes tan arrojado y valiente, se anonadó, conoció que el astrólogo sabia todos sus crímenes, ocultos y

secretos, y que, por consiguiente, podian ser ciertas sus profecías; no obstante, como buen tirano no quiso humillarse, y tomando de nuevo el tono amenazador y altivo que tan familiar le era, dijo lleno de rabia:

—Ya no quiero oírte mas, Stephano, quédate aquí con tus oróscopos, intimida con ellos á otro que esté dispuesto á trocar la espada por la cogulla, y que haciéndose monge sirva de objeto de veneracion para los hipócritas y farsantes. Yo no pienso en tal cosa; he nacido para dominar á los hombres, para elevarme sobre todos, siquiera sea para ello preciso cometer crímenes; y sábelo ya para siempre: al puñal de Orsini opondré el veneno de los Borgias; al que se atreva á erguir la cabeza en mi presencia, esta espada que la hará rodar por el suelo. Por último, creedme, astrólogo, tu cabeza no está muy segura si continuas tan insolente; mi daga sabrá imponerte silencio.

Apenas habia concluido César de hablar, Stephano, que parecia impasible, cuando oyó semejante amenaza, se llenó de furor, y centelleando de rabia sus ojos, se arroja con la rapidéz del rayo sobre César, le agarra del brazo derecho y con voz casi ahogada por la desesperacion y el odio, exclama:

—¡Amenazarme á mí! ¡á mí! ¡orgullosa César!... No sabes lo que has hecho con hacerme olvidar la mision pacífica que he estado ejerciendo.... y ya es preciso que te haga arrepentir, mal que te pese, de la insensata amenaza que has lanzado sobre mí.... Sí, hombre criminal y malvado, asesino de Gravina, Oliverotto, Fermo y Vitellozo; asesino de Carlota de Albret, bastardo de Alejandro VI, ya no hay perdon para tí.... y tirándole al suelo gritó con furia blandiendo un puñal: ¡de rodillas, vil asesino, de rodillas! ¡Obedece al puñal de Orsini!.....

César, prosternado á las plantas de Stephano, solo tuvo aliento para balbucear apenas los nombres de Galleti y Rogiero, el astrólogo, despues de reflexionar un momento, lo arrojó de un puntapie sobre el pavimento y desapareció. El ruido de la tempestad y de los truenos retumbaba con mayor estrépito en los espacios.

Quando César Borgia volvió en sí y se disponia á abandonar la guardilla del Astrólogo, tropezó con un cartelón, en que con grandes caracteres habia escrito. «Duque de Valentinois, tu TODO ya es casi NADA.

(Se concluirá.)

Jaime Ample Fuster.

EL MENDIGO.

LEYENDA ORIGINAL.

II.

Asaz pesaroso y triste
D. Juan el día pasó,

Pensando en el infelice

Que hiriera su corazon.

El recuerdo de Sevilla

En tal grado le afectó,

Que ni aun al alcázar fuera

De la reina de su amor.

Terrible tambien la noche

Los párpados no cerró,

Y le encontrara la aurora

Con el mismo torcedor.

Su mente agitada, inquieta,

Aumentando su dolor,

Doquier escuchar le hacia

De aquel anciano la voz.

Dejó presuroso el lecho

Y una vez y otra cruzó

Con luengo paso la estancia

Sin el consuelo menor.

Para el que impaciente espera

Eternas las horas son,

Y el impaciente D. Juan

Largas horas esperó.

Rendido de tanto afan

Se reclinó en un sillón

Y sobre la diestra mano

Su ardiente sien apoyó.

Y hé aquí el osado guerrero

Del enemigo temblor,

Triste, pálido, abatido,

Y en continua agitacion.

Hoy no adorna su cintura

El acero vencedor

Con que en terrible batalla

A su contrario arrolló:

Ni en su semblante refleja

El brillo de su pasion....

Solo en el mendigo piensa

Y este recuerdo es atróz.

Mas el ansiado momento

Que llegase plegó á Dios,

Y el eco del pordiosero

En la estancia resonó.

Se levantó el caballero

Luego que escuchó su voz,

Y entre el mendigo y D. Juan

Este diálogo medió.

MENDIGO.

El cielo os guarde, D. Juan.

D. JUAN.

Buen dia.—¡Gracias á Dios!

Ya os anhelaba mi afan.

MENDIGO.

Lo esperaba así de vos,

¡Oh mi brabo capitan!

D. JUAN.

Que os sentéis apreciaré.

MENDIGO.

Acepto: y fuera postizos,

Que me molestan á fe:

Descúbranse ya mis rizos;

Bastante los oculté.

D. JUAN.

¿A tanto osais? ¡Vive el cielo!

MENDIGO.

¿Qué es eso, señor D. Juan?

¿La puerta con tal desvelo

Cerrais? Veo vuestro anhelo.

Es inútil vuestro afan.

¿Y qué es lo que pueden ver

Que así os pasma, caballero?

D. JUAN.

¿Quién no se ha de sorprender

Al mirar que un pordiosero

Se tornara una muger?

MENDIGO.

Teneis razon. Mas, mirad,

¿No reparais mi semblante?

Cruel sois á la verdad.

No sabeis con qué ansiedad

Quise llegar á este instante.

¿No os revelan vuestros ojos

La hermosa faz que algun dia

Vos adorábais de hinojos?

Hoy solo os produce enojos.

¡Ah! ¡quién, D. Juan, lo diria!

En seis años de dolor

Derramé profundo llanto.

No es mi rostro encantador:

Solo es la faz del quebranto:

D. JUAN.

Aun sois hermosa, Leonor.

Mas una pregunta haré

Si me habeis de contestar:

MENDIGO.

Bien me podeis preguntar

Que á todo responderé.

¿Qué deseais indagar?

D. JUAN.

Del hijo del corazon,

Del hijo del alma mia....

Aquesa es mi indagacion.

MENDIGO.

Don Juan, tal contestacion

Pediros la yo debia.

Yo que en seis años corri

Tierras lejanas y estrañas;

Que tanto dolor sufrí,

Y por vos perdido ví

Al hijo de mis entrañas.

De mi amargo padecer

Oid la historia, D. Juan,

Vereis lo que supo hacer

En su inestinguible afan

Una infelice muger.

(Se continuará.)

TERUEL. 1849.

Pedro Campos.

POLITICA Y AMOR,

POR

M. DE OCON.

II.

El baile.



Asi como las aguas desprendidas del torrente inundaran campos y praderas, si la inteligente y diestra mano del hombre dirigiendo sus corrientes no hiciera útiles y provechosas las que en otro caso fueran destructoras, así debieron los que mandaron en la época á que nos referimos, educar y dirigir las nacientes ideas, evitando el que con su inútil y sangrienta resistencia, tomaran mayor y mas terrible incremento apartándolas del objeto que se propusieran.

Nuestro joven Alberto, embebido en la máxima filo-

sófica de la época que tan profunda impresion hiciera en algunos entusiastas corazones, hubiera esperado sin inquietud el desarrollo intelectual del hombre, preparándole, digámoslo así, á tomar, bajo su verdadero punto de vista, las innovaciones que con justicia se reclamaban. Lanzóse, empero, con arrogante y desesperado valor á luchar contra el terrible y brutal poder que según él quería ahogar entre preciosa sangre los gérmenes de libertad que principiaban á brotar en los corazones generosos, y echar sobre sí el borron y la responsabilidad de haber provocado una lucha tan terrible y destructora.

La cruel conducta observada por los partidarios del altar y el trono con el ilustre cuanto desgraciado Laci, era lo que promovía la justa y desesperada exaltación de Alberto. Esto, no obstante, comprendió, como sus compañeros de ideas, que la colosal desigualdad de la lucha les ponía en el caso de declarar á sus enemigos una oculta y minadora guerra, hasta que la fuerza de la opinión y el mayor número de sus prosélitos le colocara en el caso de trocar los puñales por las espadas, y pudieran atacar de frente al bárbaro poder, como era deseado y digno de sus nobles y esforzados pechos.

Resuelto, pues, este mas sano y seguro plan, dedicáronse con el buen talento y ardiente fe que les distinguía, á organizar, digámoslo así, sus ataques, hasta entonces tan desgraciados por falta de dirección, y á propagar por medio de clubs y retiradas reuniones las doctrinas que mas tarde habian de apagar con su brillante luz las enrojecidas hogueras inquisitoriales.

La francmasonería, que según algunos historiadores asomaba su cabeza en la península durante el reinado de Carlos III, no hiciera grandes progresos en ella atendida la escasa disposición de los ánimos; la revolucion francesa, y sobre todo la reacción absoluta del 14, junto con la tiránica persecución del gobierno con los innovadores, hicieron que estas sociedades, objeto antes tan solo de insignificantes discusiones, tomaran ahora un carácter político tan propagador y potente, que llegaron muy en breve á poner al borde del precipicio al intolerante partido que las perseguía. Alberto, pues, era en este país uno de sus principales afiliados, encargado además de comunicar y transmitir las órdenes que recibía del grande Oriente existente en Granada, cabeza de todas ellas.

Apartemos por un momento la vista del negro campo donde se organizaban estos rudos ataques, y pasemos á dulcificar nuestras ideas entre otras cosas menos importantes, pero mas consoladoras.

No creo haya sido olvidada la situación de Alberto antes de recibir las fatales nuevas; su fuerte corazón, dando cabida á dos exaltadas pasiones, debía creersele ocupado siempre de la una sin menoscabo de la otra. Con dulce presentimiento, pero palpitante corazón, veía disminuir los días y acercar la noche, que según él debía remontarle al empuje de la dicha ó hundirlo para siempre en la insondable sima del dolor: bien pronto veremos que la suerte le tenía preparadas ambas cosas, manifestando así la pequeñez humana cuando quiere asomar su curiosa mirada entre los inescrutables pliegues del porvenir.

Quince días eran pasados después de estas observaciones, y una multitud poco acostumbrada á esta clase de espectáculos ocupaba los alrededores del palacio consular de Francia. Torrentes de luz escapados por sus ventanas hacían resaltar con fuerte colorido la dureza de sus proporciones, y ponía bien de manifiesto la estúpida atención de sus fisonomías: estas eran tan solo distraídas por la llegada de los carruages, que á la manera de un canasto de intento volcado por el jardinero, despedían las flores bellas que debían dar vida y amor en el corazón de aquellos dorados y brillantes salones. Un joven de atrevida mirada cruzó sin ser advertido por entre aquella turba, no sin que diera

antes orden á su fiel criado de llevar sus cortas armas al sitio y hora convenidos. Poco después, en este mismo lugar al desprenderse Elena de su coche, manifestó con sus murmullos aquella atenta muchedumbre, que la perfección y la hermosura son acatadas siempre aun entre los mas rudos corazones.

La entrada de Elena en los salones, si bien no promoviera el brusco ruido de sus admiradores del patio, dió lugar á que se ocuparan los que en él estaban á fuertes y significativas miradas, denotando unas la pasión, la envidia otras, todas empero la admiración.

Recibida con escogida finura y familiaridad por los atentos, y con ella cariñosos dueños de aquel palacio, la casualidad le llevó á sentarse junto al alfeizar de una ventana, detrás de cuyas cortinas, trémulo, sin respiración apenas, presentaba nuestro Alberto la posición mas angustiosa, manifestando así la ninguna defensa que tenía contra esta fascinación, el que hubiera mirado con desprecio cien puñales que amagaran su vida.

Largo rato se pasó, y Elena, buscando inútilmente con la vista á Alberto, y éste, esperando se serenase algun tanto su oprimido corazón, cuando por fin un sitio abandonado momentáneamente por la que estaba al lado de Elena, y ocupado con prontitud por Alberto puso á los dos afortunados amantes en el caso que tanto sus corazones habian deseado. Un momento de angustiosa pausa sucediera á este acto, pasado el cual habló Alberto á Elena, la que escuchó sin afectación y con modesta gracia.

—Testigo bella Elena de la solitaria vida á que la veo á V. desgraciadamente condenada, é indiscreto observador de sus tristes lágrimas que cual plomo ardiente cayeran sobre mi corazón, he comprendido que no es V. feliz.

—Seré acaso, dulce criatura, indigno de conocer la causa de sus penas? Angustiosa es para mí esta duda cruel, ella me trae loco, delirante á sus pies, para que nada me diga si soy tan desgraciado, ó que una mirada de sus divinos ojos me dé la vida si soy tan feliz.

—Alberto, con variedad llegaron siempre á mis oídos noticias de V. adversas ó favorables, así fueran amigos ó enemigos los que la vertieran: en cuanto á mí, tan solo diré á V. que aun sin tratarle le tuve siempre por un completo caballero; ignoro si me habré equivocado, pero espero el favor del tiempo que lejos de apartarme de esta opinión me dará motivos para creerla justa. — En este caso, pues, no dudo que podrá V. llegar algun día á ser el tierno amigo depositario de mis sentimientos.

—¡Oh! gracias, Dios mío, gracias, Elena, ya no mas lágrimas, ya no mas desesperación; si el profundo inagotable amor que mi corazón pone á sus pies no es á sus ojos ofrenda inútil, yo le juro que jamás muger alguna como V. será amada; esclavo ó libre, ya siempre mis pensamientos tendrán un sublime objeto, cual es contemplarla hermosa y pura, y poseyendo el escudo de su amor, puedo desde luego desafiar al mundo entero á que me haga desgraciado. Si el rigor de los hombres me apartara algun tiempo de su lado, hermosa Elena, no crea V. no haya en el mundo corazón alguno capaz de reemplazar una pasión como la mía; ella creció conmigo, combatida y concentrada concluyera conmigo también, si V., hermosa niña, con sus dulces palabras no diera vida á mi corazón como el sol á las flores, esperanza á mi porvenir como la religión al cristiano.

—Alberto, siempre sola con mis ideas, me he puesto á reflexionar algunas veces lo fuertes que son los hombres para luchar con las pasiones; porque al fin, cuando uno de VV. concibe una pasión desgraciada, encuentra fuertes recursos para combatirla; las armas, por ejemplo, las ciencias, la gloria, son alicientes y bálsamo consolador. ¿Qué nos resta á nosotras, débiles mugeres, cuando entregamos nuestro corazón á un ingrato? un remedio, uno

solo, sin el cual seria la muerte. V. le ha nombrado, Alberto, la religion, si, la religion: encerradas entre cuatro paredes, no nos resta otro recurso que llamar al Dios clemente que todo lo puede, para que nos conduzca con su divina luz hasta el desgraciado término de nuestra fatal carrera.

—No, mi bella Elena, aparte V. de su mente ideas tan desconsoladoras, si la pasion que la ofrezco es aceptada por su corazon, nunca, ¡oh! nunca, yo lo juro, tendrá V. que llamar en su auxilio á la religion para que las consuele de la perfidia de su ingrato.

La llegada de la que ocupara antes el sitio de Alberto, cortó las sensibles y tiernas palabras de esta pareja, no empero la dicha y feliz expansion de sus corazones. Embriagada con el placer que proporciona la certeza de un amor correspondido, sus almas que se creyeran ya unidas para siempre, no se apercibieron era llegado la hora de ir la una á derramar lágrimas de gozo sobre las batistas que tantas absorbieran de dolor, y el otro á presidir una reunion masónica que por sus órdenes para aquellas horas fuera convocada.

La soledad que se iba notando en aquellos antes tan bulliciosos y brillantes salones, les sacó, por fin, de su dulce letargo, y les hizo sellar, digámoslo así, con una última y tierna mirada, el juramento que hicieran de amarse eternamente.

(Se continuará.)

UNA CUESTION DE AMOR.

La sofocante y abrasadora temperatura que se ha desarrollado de algunos dias á esta parte ha obligado á las hermosas hijas de nuestro caudaloso Túria á disfrutar de la agradable y confortante brisa que ofrece el paseo de la Glorieta á la caída de la tarde. Grato y consolador es en verdad para los jóvenes amantes y aspirantes á aquellas el tener un punto de fácil comunicacion por el módico estipendio de tres cuartos, valor de una silla que puede ocupar libre y cómodamente cualquier ciudadano desde las seis de la tarde hasta las diez de la noche, disfrutando al mismo tiempo del paraíso terrenal de las delicias, segun las volcánicas imaginaciones de algunos apasionados al idealismo esclusivo del amor. Varios han sido los escritores que han hablado del terrenal paraíso existente despues del diluvio universal; mas esta idea debe comprenderse únicamente, en mi concepto, en los países imaginarios de la fantasía, á no pasar por el ridículo de creer en la fábula que muchos refieren, de que cierto monge llamado Macario, con tres compañeros mas, poseidos de un ardiente entusiasmo por el bello ideal se decidieron á buscar por todo el mundo el espresado paraíso; mas despues de largas peregrinaciones á las regiones mas remotas llegaron por fin á su vista y.... ¡oh fatalidad! les dieron con la puerta en los hocicos. Se conoce que en aquellos tiempos no se materializaban tanto los goces como en el siglo XIX.

Hace unos dias, en uno de los muchos círculos que se forman por la noche en el espresado paseo de la Glorieta, estaban seis amigos sentados cuestionando con mucho calor sobre el materialismo y el idealismo del amor. Tres eran los partidarios de un *adjetivo* y tres los de otro, de modo que la lucha era igual. Los mas novicios en pasiones y ávidos de sensaciones, decian; que el idealismo era el verdadero estado de la felicidad del hombre, que la nobleza de su corazon le obliga á ser dulce, galante, benigno, complaciente, humano, liberal y obsequioso; que era el primer móvil de las buenas acciones humanas, gefe digámoslo así de todas las pasiones, cuyo vasto imperio no reconoce limite alguno en la tierra; afeccion tan pura como tierna, tan sencilla como elevada é inmaterial, que deleita y extasia contemplando únicamente la imagen impresa en el corazon; y un tesoro en fin de sentimentalismo y de terrara reducido á desear con ardiente entusiasmo la felicidad de la persona amada sin mezcla alguna de egoismo y con esclusión de todo goce propio y material. Razones son éstas que varios poetas acostumbrados á concebir brillantes utopías y á viajar sin limite alguno por las vastas regiones del bello ideal, nos han pintado siempre, bajo los mas seductores conceptos, como base fundamental del amor; dejémosles fluctuar extasiados en ese inmenso mar de las ilusiones y sigamos nuestra narracion. Los otros tres amigos defensores del materialismo, algo maduros y experimentados, y por consiguiente ajenos en un todo al platonismo decian, segun pude comprender, que el verdadero origen del idealismo es el materialismo, sin el cual no puede existir aquel siempre que se refiera á muger. Que la existencia del primero, si ha de ser constante y duradera, ha de estar íntimamente enlazada con la esperanza del segundo. Supongamos decia el preopinante, un hombre poseido hasta el extremo de todo el fuego de su ardiente fantasía enamorado platónicamente de una muger hermosa; que esta pasion alimentada por la sublimidad de un alma puramente patética va en aumento cada dia; que la muger amada con tan ciego frenesí llega á padecer en su fisico una horrible metamorfosis por causa de una enfermedad ¿podrá esta muger acaso inspirar la misma pasion al furibundo idealista que antes de esta fatal desgracia? naturalmente nos contestarán que no, por que la constante esperiencia nos lo ha demostrado así; aunque en algunas ocasiones se ha visto querer aparentar la misma fe y entusiasmo, bien por compromisos de familia contraidos anteriormente, bien por amor propio, ó por compasion, en fin, hácia la persona que la fatalidad hubiera colocado á gran distancia de una alma poco noble y generosa, sin embargo la triste pero verídica comparacion de lo que va de ayer á hoy, es una espina que cons-

tantemente tiene atravesada en el corazón. Si la muger que ha sabido inspirar al idealista esa pasión volcánica, está dotada de un corazón poco susceptible de sensibilidad ¿qué consigue aquel en premio de cariño tan acendrado, tan puro é inmaterial? el escarnio, el ridículo, ser el juguete de una coqueta que acepta su amor, bien por mero pasatiempo, bien por satisfacer su orgullo de muger, bien por la posición que su amante ocupa en la sociedad, ó bien por aparecer en su círculo como una notabilidad y hacerse por lo mismo superior á las demás. Estos inconvenientes y otros muchos están muy lejos de los que profesan el materialismo, y en prueba de este aserto el ejemplo siguiente os convencerá hasta la evidencia. El orador entonces acercó hácia sus compañeros la silla en que estaba sentado y continuó hablando, pero tan despacio que no me fue posible oír el concluyente ejemplo. De allí á pocos momentos una risa general fue la conclusión de tan interesante debate y materialistas é idealistas se dirigieron á la orcharía de la calle de la Nave, conocida su dueña por la *tía Chima* á materializar la cuestión con el placer que proporciona la orcheta y la cebada.

R. Y. de C.

EPIGRAMA (1).

Charlaban sobre gobiernos
En un café tres amigos
Cuando entre varios testigos
Un empleado llegó.

—Usted estará por la *roja*...

Le interpelan, y él contesta:

— ¡Pues habrá cosa como ésta!

Si es bonita, ¿por qué no?

C. Pascual y Genís.

VARIEDADES.

Inés Moretti, huérfana, jóven y hermosa, fue presentada á la policía correccional de París porque se la encontró mendigando junto al Lexemburgo. Procediendo de Inglaterra agotó en Calais todos sus recursos, y pordioseando llegó á la capital de Francia. La infeliz se dirigia á Alemania buscando inútilmente á Hermann, jóven con el cual en los talleres habia simpatizado, y que era su única afección en este mundo. Cuando el presidente le manifestó que seria conducida á su país, la pobre niña ha contestado:

— Mi país es Alemania: ¿á qué he de ir á Ingla-

terra? Mis padres murieron.... Hermann ya no está allí....

El abogado de la república espuso que tenia en su poder una carta de M. Davidson, jefe de la fábrica en que se ocupaba la detenida, de quien se daban en ella los mejores informes, calificando de inútil el viage de la misma, porque la persona que ella amaba murió del cólera en Inglaterra.

La infeliz Inés Moretti no pudo convencerse de su desgracia y en medio de la mayor desesperación fue separada de la audiencia por los gendarmes, dejando al público profundamente conmovido. Ignoramos la sentencia que ha dictado el tribunal.



REVISTA CRITICA.

Hemos llegado á las columnas de Hércules, sin haber pasado todos sus trabajos; ¡*non plus ultra*! Cerróse el teatro, terminó la crítica, acabóse la murmuración. ¿Qué nos resta? la satisfacción de haber escrito dignamente la verdad, sin ambages ni reticencias. Mas claros que la situación de Europa, hemos llamado á las cosas por sus nombres, virtud rarísima en estos tiempos; mas zaheridos que los hombres célebres, todavía desafiarnos hasta el martirio literario; escentricidad insufrible en el año 1849. A pesar de mil pesares, de que no nos pesa, aun recordamos sin rubor cuantos principios de crítica pusimos por avanzada en la primera revista de este periódico: ¿cosa mas rara todavía en el siglo del turrón y del «¿qué me se da á mí?» nuestras obras son el comentario de nuestras palabras. Concluyamos.

El señor D. Mariano Fernandez, hoy ausente, nos ofreció en la última representación tres caracteres *diversos*, desempeñados con suma gracia. *El Soldado Fanfarrón* lo era en todo y por todo; pero el público, mas ardiente que ilustrado, prefirió asistir á las románticas escenas del *divertido cabañal*, y á las nocturnas aventuras de la *misteriosa Glorieta*.

Ahora bien, entre tanto llegan nuestros nuevos contrincantes, porque no se erea que hemos utilizado el anónimo como una barricada contra el génio, echamos á volar nuestro mas que humilde nombre, cual en escasa garantía de lo que podamos deber al público, á los autores y á los artistas, como escritores, como críticos y como hombres. En este juicio de residencia que espontáneamente provocamos, no pedimos gracia, pero queremos justicia. Claro está que pues en nuestra conciencia la hicimos, tenemos derecho á esperarla, pese.... á quien pese.—Por la redacción,

C. Pascual y Genís

Se suscribe en Valencia en la imprenta de Monfort, plaza del Temple, y en la librería de Oliveres, calle del Mar, á 4 rs. al mes, que lo forman cada cuatro números, y 15 por trimestre para los que se suscriban de fuera de esta ciudad, franco el porte.

Imprenta de D. Benito Monfort,

plaza del Temple, núm. 5.

(1) Histórico.